Batalla de Carabobo

[Gonzalez Guinan]

CANTO

A LA GLORIOSA

BATALLA DE CARABOBO

EN EL DIA

DE SU CENTENARIO

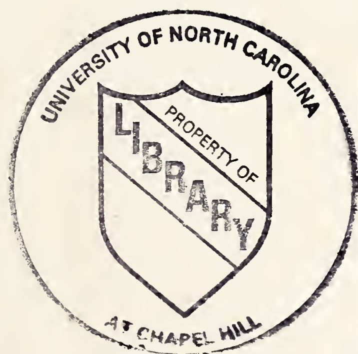
24 DE JUNIO DE 1921

EMPRESA EL COJO — CARACAS

Al señor Dr Pablo Coello
atentamente
El Autor

Valencia Noviembre de 1923

LA BATALLA DE CARABOBO



CANTO

A LA GLORIOSA

BATALLA DE CARABOBO

EN EL DIA

DE SU CENTENARIO

24 DE JUNIO DE 1921

EMPRESA EL COJO — CARACAS

Al Benemérito Ciudadano

GENERAL J. V. GOMEZ,

Presidente electo de la

República.

EN LA SABANA DE CARABOBO

Hacia un altar de gloria, peregrino,
salvo veloz lo largo del camino
y el campo huella religioso el pié;
no asordan sus colinas y llanura
el bronce, el arcabuz ni la herradura
del alígero cayo del corcel;

Mas ajeno al rebaño, reclinado
sobre menuda hierba, canta osado,
como en épicas trompas un zagal,
lo que trasunto fiel del caramillo,
humilde lira, a guisa del sencillo
rústico trovador, ha de cantar.

*
* *

Expirada la tregua de Santa Ana,
de Real, para una lid, esta sabana
La Torre el estratégico eligió;
por diestros y bizarros presumía
invencibles los tercios que regia
confiado y orgulloso el español.

Barbastro, Valencey, Burgos, Infante,
además de la lanza centellante
de siete regimientos, y Hostalrich,
forman la masa de La Torre, ufano
del postrimer esfuerzo castellano
en el ansiado trance conducir.

El rayo reluciente de la aurora
que disipa las nieblas y la hora
anuncia a la fatiga del mortal,
a cuánta noche descorrió su velo,
sin la presencia, el esplendor del cielo,
de la enemiga hueste señalar.

Largo tiempo esperó, lo que las mieses
tardan en sazonarse, aquellos meses
aplazaban la rota al lidiador,
pues Bolivar, vencidas sus jornadas
y por Marte sus huestes inspiradas,
del Hado vá a cumplir la imposición.

Émulo de los cóndores asciende
y en el disco del sol la frente enciende,
la frente de brillante concebir,
mirando alado, en la suprema altura,
la marcial proyección de su figura
del túrbido Orinoco al Potosi.

Cuentan seis mil sus férreos veteranos,
curtidos por las sierras y los llanos,
de las Queseras resto y Boyacá;
y con ellos al frente del empeño
Patroclo en Plaza, y Héctor en Cedeño
y Aquiles en el Héroe del Yagual.

Y sobre todos, El! Gallardo porte,
azul la veste de ceñido corte,
bicornio orlado y botas de charol;
y ved, rucio de piel, de cuello erguido,
dilatada nariz, ojo encendido,
y dócil a la rienda su bridón.

Poderosa, cual de águila, su vista
rápida el campo observa del realista,
y el suceso a la garra muestra allí,
donde intensiva y perspicaz escruta
el hilo entre peñones de una ruta
que al flanco de La Torre tiene fin.

Y aún no desnudo el rutilante acero,
dejar por el atajo el derrotero
amplio que trae, de súbito ordenó.
Sumiso a la obediencia se adelanta
el Centauro inmortal, a cuya planta
humillado postrárase Quirón.

Fué hacer el ordenar; y si convierte
el hispano su centro, es que ya advierte
la sierpe a su derecha descender;
así vencida la escabrosa senda,
emprende de improviso la contienda,
la astucia nó, de Páez la intrepidez.

Guarda el llano la enseña de Castilla,
la de Colombia descendiendo brilla
y al duelo mueve el eco del clarín;
del combo toldo, en el azul riente,
aún no fijaba la pupila ardiente
del Sol de Junio el punto del zenit.

El Ponto henchido, el agitado viento,
el trueno trás relámpago sangriento
o de sepulta mina la explosión,
imagen han de ser del espantoso
estrépito del bronce o del fogoso
arranque del caballo volador.

Bolívar se alza allá. De la colina
el rayo como Júpiter fulmina,
el rayo de su olímpico poder;
no de otra suerte la servil cadena,
trás largos siglos de opresión y pena,
hecha pedazos mirará a sus piés.

¡Quién no admira el ardor de la batalla
cuando oponiendo a los patriotas valla,
Barbastro y Burgos con La Torre están!
¡Quién nó la armipotencia de la diestra
que blande, y es un sol, en la palestra
la misma espada que Junín verá!

Desplegados al aire los pendones
riñen los adversarios batallones,
idénticos en saña y en valor;
cede al guarismo Apure, más aferra,
en socorro de aquel, rodilla a tierra,
heroica, la Británica Legión.

Así estoica resiste, aunque diezmada
acrezca con su sangre una quebrada,
pensativo por mísero, el raudal.
Firmes! de aquella masa de granito,
a cortos intervalos, tal el grito:
firmes! la voz postrera de Ferriar.

En tanto que esa vida el plomo corta,
vuélvese Apure, y a la lid aporta
nueva fuerza cobrada y nuevo ardor;
indicio ya de miedo o sobresalto,
de esos tercios conjuntos al asalto,
el ibérico infante demostró.

Propicio es el momento, y denodado,
con rapidez de dardo disparado,
interviene en la lucha otro adalid;
conduce a Tiradores y aparece
donde el estrago se difunde y crece,
al son del parche, alegre y varonil.

Heres se nombra quien montado en brío,
imperando ostensible el señorío
de Apure y los impávidos de Albión,
empuja, arrolla, desordena, mata,
y manos contra manos arrebata
histórico renombre en tal fragor.

Y se avanzan al llano; más no abate
a La Torre el empuje, y el combate
demanda a sus ginetes mantener.
Mirádles! Llegan entre espesa nube
de suelto polvo que hasta el cielo sube
herido por el cayo del corcel.

Cede apenas el ríspido sendero
paso, uno a uno, al cómputo llanero
movido por el ansia de reñir;
y van cerrando los que son llegados,
sin cuidarse de brutos despeados,
más seguros del hierro en el astil

Ante el núcleo de reales escuadrones,
cuán pocos de Colombia los campeones,
¡vale, empero, por diez cada unidad!
Vázquez, Bravo, Muñoz y Figueredo,
realizan con la lanza y el denuedo
proezas que la Fama contará.

¡Hijos de la onda amarga y la onda cruenta,
España pertinaz en vano intenta
oponer a tus ansias su vigor!
Amago y golpe, sucediendo al retro,
anuncian que en América del cetro
termina la humillante duración.

Legendario valor ríge constante
el tajo de la espada centellante
y el bote del herrado guayacán.
Ellos los mismos són de *Las Flecheras*,
y del pasmoso alarde en *Las Queseras*,
los mismos del *Pantano* y *Boyacá*.

Si uno cae, otro viene y la tarea
no desmaya espantosa: ahí campea
la Segadora de implacable hoz,
que torvo, aunque sangrando, de igual suerte
que botes el contrario diestro y fuerte,
reparte sus zarpazos el León.

Y a Camejo alcanzó! Del Negro heroico,
ora expirando simplemente estoico
al pié de su hazañoso capitán,
acuerde el tono la viril pujanza
con que el hierro filado de su lanza
del licor de las venas hizo un mar.

Muerto el Negro bizarro, Páez sacude
la brida al bruto y presuroso acude
al sitio del peligro y del horror;
y será recordar su brazo activo
el bravo y duro del soberbio aquivo
— pasmo del teucro—Ayax de Telamón.

Vuelan trás él antiguos lidiadores,
ceñidos ya de lauros vividores
y ansiosos de lucir la nueva prez.
Páginas son a la leyenda adscritas,
el renovado afán de Mucuritas
y el triunfo de la Mata de la Miel.

Sobre el tenaz contrario él se avalanza,
mimbre a su mano la pujante lanza
que esgrime lleno de marcial ardor;
cundido ejemplo arrecia la faena,
¡y ved, oh Patria, en la grandiosa escena
postrado por centauros el León!

Tregua no dada a su crujiente saña
el hierro vencedor, y en la campaña
aún no colmado el precio de ia lid,
acreciendo el espanto del vencido,
irrumpe, y se dilata repetido,
el himno alborozado del clarín.

Así en alegre diana, ávido y sólo,
Plaza, mancebo de perfil de Apolo,
cierra audaz con un tercio en confusión;
más la muerte burlando el ardimiento,
tronchada deja en el triunfal momento
del gallardo adalid la vida en flor.

Ensayad sacras Musas la elegía
a quien lidiando conquistar solía
hojas al vulgo esquivas—el laurel—
y luégo en el torneo de las hermosas
alzar orlada de fragantes rosas,
símbolos del amor, la fresca sién.

Muestra después la arena, pabellones
y arcabuces y lanzas y bridones,
bronces con el escudo secular;
y acusando el rigor de la tormenta,
la cifra de los muertos acrecienta,
en llano y quiebras, el revuelto haz.

Que cual suelen las aves asustadas
tomar por el espacio, desbandadas,
variado rumbo en torpe dirección,
así de espanto muda y confundida,
sin armas ni pendones, desparcida,
la gente hispana el campo abandonó.

Sólo un cuerpo ordenado, y a éste acosa
la masa de ginetes, sale, y osa
paso a paso o en cuadro batallar.
Contra aquella viviente fortaleza
se estrellan el valor y la destreza
y mueren con Cedeño cien y más.

Crudo solar e innata valentía
engendran en el alma de García
cuanto insufla de heroico en Valencey;
él escuda la rota del ultraje
y lega ileso su marcial coraje
a España, al canto y al honor también.

Cesó el estrago allí. La hueste escucha,
como en los duros trances de la lucha,
de Bolívar magnífico la voz.
Excelso Numen su palabra inspira,
pues cuanto el labio expresa, el ojo mira
al punto vuelto palpitante acción.

«Soldados: en la heroica trayectoria
de dos lustros de guerra, la victoria
sumisa a vuestro arrojo toda vez,
sepulta ahora el último baluarte
del ibero opresor. ¡Hijos de Marte
tanto sabeis sufrir como vencer!

«Mas acompaña al alborozo el duelo:
Cedeño y Plaza inertes, cara al cielo,
sobre las rosas de su sangre están.
Ruego a edicto más alto los honores
a esos bravos de timbres acreedores,
espejos del orgullo militar».

Dijo, y volvió la redentora espada
al bruñido tahalí. Deja sellada
la gesta en nuestro suelo el semidios;
y tienen ya materia la leyenda,
la República cuna, altar la ofrenda
y lauro inmarcesible el vencedor.

Al Ande enhiesto y al soberbio Plata
resonante la nueva se dilata,
el alma despertando de Capac;
y admira entonce absorta media esfera,
de Carabobo envuelta en la bandera
y en el carro triunfal, la Libertad.

Avivan la memoria tales hechos,
y por qué no avivarse en nuestros pechos
la llama que el prodigio realizó !
No tornaran luctuosos esos días
que anubla, con sus bélicas porfías,
de torpes o cegados la ambición.

Venga a darse la hueste del civismo
pábulo de ardoroso patriotismo
en el campo sagrado de la lid;
y a Numen bienhechor debido el celo,
fije el acierto de común anhelo
la exacta orientación del porvenir.

La gesta fué otra Iliada, y tanta gloria
blasón de estirpe, oh España ! La Victoria
unge a Bolívar, y el ungido es
el Genio portentoso de la raza,
pues Dios que dota cuando elige o traza
tus altos dones refundió en su sér.

Y si altivo, rebelde y caballero,
a golpes formidables de su acero
un mundo de tu escudo separó;
a tu entraña ligado y a tu vida,
aunque libre ese mundo, nunca olvida
cuanto le debe al maternal amor.

Santiago González Guinán.

Valencia: 24 de junio de 1921.

